

¡Hola cuerpo!

Hace mucho, mucho tiempo que te habito, y sin embargo, muy poco el que hemos tenido para reflexionarnos. Desde siempre me has hablado, ha sido un lenguaje variado, secreto, plurisignificativo, sólo para mí, sin embargo, he sido sorda muchas veces a tus gritos, a tus demandas. Por eso hoy, quiero que nos pensemos.

¿Recuerdas cómo te encantaba la cercanía de otros cuerpos? Empezaste con una necesidad imperiosa de tener cerca a esa persona que te dio la posibilidad de ocupar un espacio en este mundo, tus llamados eran constantes, tanto, que muchas veces hacía que los repitieras varias veces antes de darte la posibilidad de sentir el primer gran placer de tú vida: su calor. ¿Recuerdas? bueno, pero como todo en la vida, duró menos de lo que habrías querido y pronto te viste abocado a buscar otras proximidades, algunas, no ya tan placenteras, tan calurosas.

Fueron muchas las piedras que te lastimaron, varios los pisos que te rasgaron, algunos rechazos que te dolieron, pero los superaste, y fuiste evolucionando, creciendo, exigiendo otros acercamientos que te generaban un calor distinto a tu primer encuentro, proximidades únicas, peligrosas... Te permitiste muchas licencias, varios excesos, pero también padeciste el dolor de la prohibición, de la restricción, no todo ha sido bueno, ¿verdad? Aun así, seguías ahí, fuerte, vertical, prestándome tu estructura para que pudiera continuar por la vida en mis búsquedas silenciosas.

¡Gracias! Gracias por darme la oportunidad de dar vida, de hacer que otro cuerpo encontrara su espacio. No te importó desfragmentarte, abultarte, desfigurarte. Estuviste ahí, para mí, para ella. El tiempo pasa, y con él, mucha de tu fortaleza se escapa, ahora has perdido parte de tú tersura, de tú gracia; la forma que había encantado a muchos, va desapareciendo rápidamente, pero no te preocupes, nos tenemos y con eso basta. Serán muchos caminos los que recorreremos aún antes de caer vencidos, tu y yo.

No quiero terminar esta carta sin antes ofrecerte mis disculpas por tantos abusos, por tantos descuidos, por tantos abandonos injustificados y por las vergüenzas ocultas que he sentido por ti, si, por ti, por tus olores inoportunos o aquellos que te son propios porque eres carne y esta se descompone con facilidad, por tus afanes acuciosos y fuera de lugar, que me han hecho buscar afanosamente donde darte descanso para salir después apenada y con la dignidad por el piso, aunque no puedo negarte que mis mejores ideas han surgido cuando hemos estado a solas en ese sitio donde tienes tú trono: el baño.

Por todo eso, ¡gracias!

¡Hasta siempre cuerpo mío!